

GALERÍA DRAMÁTICA

GADITANA.

COLECCION

de

OBRAS ORIGINALES

Y TRADUCIDAS

por varios autores.



CADIZ

Imprenta, Librería y Litografía de la **Revista Médica**.

ILUSIONES PERDIDAS.

ILUSIONES PERDIDAS.

DRAMA

en cuatro actos y en verso,

ORIGINAL DE

JOSE SANZ PEREZ.



CADIZ.

IMPRENTA, LIBRERIA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,
á cargo de D. Juan B. de Gaona,
PLAZA DE LA CONSTITUCION, NÚMERO 11.
1848.

PERSONAJES.

D. JUAN.
» MANUEL.
» LUIS.
» ALFREDO.
ANTON BERNAL.
ESTRELLA, *su hija.*
ANGEL.
D.ª LEONOR.
LA MARQUESA DE LA MOTA.
AURORA.
JUDAS.

Pastores, criados, criadas y ladrones.

El primero y segundo acto pasan en las inmediaciones y choza de Anton Bernal, en el monte de Toledo: el tercero y cuarto en Madrid, en el palacio de don Juan.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la vertiente de una montaña. A la izquierda, la choza de Anton Bernal con puerta transitable: es la tarde. Un grupo de pastores y pastoras danzan; entre ellas sobresale Estrella. A la puerta de la choza conversan Anton y don Juan, el cual vestirá traje de cacería: éste dirigirá algunas palabras á Estrella. A la derecha y vestidos de cazadores, burlándose de la dama y de don Juan, se hallarán don Manuel, Luis y Alfredo: á sus espaldas, en último término, se verá á Angel figurando querer oir con avidez la conversacion de los cazadores. Concluida la danza, marchan los pastores y pastoras, inclusa Estrella; á poco rato Angel los sigue con precaucion, permaneciendo los demás personajes como antes.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, ANTON, D. MANUEL, LUIS *y* ALFREDO.

JUAN. Me ha vuelto loco por Dios,
Anton, tu divina Estrella;
de amores me siento herido:
es muy linda.
ANT. Sí, no es fea.
JUAN. No es que no es fea, Bernal,

sino que, Anton, es tan bella!
ANT. Tambien son bellas las flores
del campo, y al fin se secan.
JUAN. Necesito de su amor.
ANT. Señor...
JUAN. En la choza entra
y hablarémos.
ANT. Lo quereis...
MAN. Chico, eh! (*Haciéndole señas á Juan al ver que va á la choza.*)
JUAN. (*A los tres.*) Esperadme afuera. (*Entran.*)

ESCENA II.

D. MANUEL, LUIS *y* ALFREDO.

MAN. No os lo dije? enamorado
está de la chica esa
hasta los tuétanos: vaya,
ha perdido la cabeza.
ALF. ¿Si querrá casarse ahora
con esa ruda labriega?
LUIS. Preciso era fusilarlo
á la puerta de la iglesia.
MAN. No tiene nada de estraño,
ya sabeis lo calavera
que es: por llevar á cabo
su antojo, cualquier empresa,
poco es casarse, irá andando
de rodillas á la Meca;

así yo lo temo todo.

LUIS. Pues vá á quedar hecho arena
su compromiso en Madrid.

MAN. Es verdad, pobre marquesa!
despues de lo que ha pasado
con su sobrina...

ALF. Oye, espera,
que quiero enterarme á fondo
de esa singular novela.

MAN. Verás, Juan le hizo el amor,
cual sabes, á la marquesa
de la Mota.

ALF. Bien.

MAN. Ya estaban
las almas casi dispuestas,
cuando su sobrina Aurora
llegó á Madrid de Inglaterra.
Verla Juan, y los amores
de la tal tia en pavesas
reducirlos, fué un momento:
en cambio encendió una hoguera
en su pecho por Aurora.
La tia, que es buena pesca,
calló su boca, tomó
billete en la diligencia
y me encampó á la sobrina
en París, con mucha flema.
Don Juan al verse burlado,
en el correo se cuela,
con direccion á París;
mas al bajar por la cuesta

de la calle de Alcalá,
vió á una divina pasiega
que le hizo olvidar el viaje
y á Aurora; llama con priesa
al mayoral, no lo oyen,
y él abrió la portezuela
y prum, se lanzó al arroyo
detrás de su Dulcinea,
corrió y la encontró subiendo
la calle de la Montera,
le habló, y al siguiente dia
la tenia por doncella.
Pasó tiempo, abandonóla,
volvió á ver á la marquesa,
hubo mil satisfacciones
y finis corona etcétera.
Quedaron comprometidos...

LUIS. Hasta ver otra pasiega.

ALF. Pues ya ha visto esa pastora.

MAN. Sí, ya la tenemos hecha.

LUIS. Pero la marquesa, chicos,
como esa jugada huela,
va á hacer que la tal historia
tenga fines de tragedia.

MAN. Él siempre sale con gloria:
pero tarda, mientras llega
tirarémos cuatro tiros
por ahí.

LUIS. A ella.

ALF. A ella.

ESCENA III.

Interior de la cabaña de Anton: dos puertas al foro; una que da al campo, y otra al interior, y una lateral izquierda.

ANTON *y* D. JUAN.

JUAN. Anton, no lo digo mas,
estoy prendado de Estrella,
necesito de su amor.
ANT. Pero, señor, quién dijera,
que un hombre de rango tal
y que allá en la altura vuela,
por un capricho ha de verse
arrastrado por la tierra!
¿habeis mirado á mi hija
con despacio?
JUAN. Es hechicera.
ANT. Ay señor! de hechicerías
huid, y tened en cuenta...
JUAN. Yo no he venido á tu choza
Anton Bernal, á que seas
mi consejero.
ANT. Señor,
yo tampoco estoy en ella
para callar, cuando altivos
contra mi ventura atentan.
JUAN. Altanero eres por Dios.

Ant. Don Juan, la España es mi tierra,
y esto basta para que
corra orgullo por mis venas.

Juan. Un criado á su señor
no debe mostrar soberbia,
porque se espone á perder
hasta el pan que lo sustenta.
Ven y díme, pobre Anton,
¿si por mi gracia no fuera,
que guardar aquí te dejo
mis vacas y mis ovejas,
no andarias á estas horas
llorando de puerta en puerta?

Ant. ¿Os he ofendido, don Juan?
la ignorancia hizo la ofensa,
que aun los nobles corazones
como son de barro, yerran.
Perdonad, yo soy un hombre
rudo; jamás de estas sierras
he salido, aquí nací,
y aquí preparo mi huesa.
Yo no he tenido, señor,
mas maestro, mas escuela
que el instinto que al nacer
me dió el que el cielo gobierna.
Soy un pastor, y mi trato
siempre ha sido con ovejas,
lo que concibo lo digo
con mi natural franqueza,
que aquí ocultar no sabemos
nuestros sentimientos...

JUAN. Cesa,
¿á qué viene aquí esa historia?
ANT. Solo á que tengas en cuenta
lo que he sido y lo que soy.
JUAN. ¿Y qué eres, guarda de ovejas?
Nada.
ANT. Comparado á vos:
pues por eso mi hija Estrella
es nada, porque es Pastora.
JUAN. Anton, esos labios sella.
ANT. Callaré si lo mandais.
JUAN. Y escucha la vez postrera:
si no me das á tu hija...
ANT. Cómo?...
JUAN. Del modo que sea,
te quito tu guardería,
y te arrojo á la miseria.
Qué respondes?
ANT. Yo, señor?
Que si me echas de tu hacienda,
iré á mendigar el pan
cual decís, de puerta en puerta.
JUAN. Ya lo sabes.
ANT. Ya lo sé,
mi suerte pende de ella...
JUAN. Pues háblale.
ANT. Le hablaré.
JUAN. Volveré cuando anochezca.

ESCENA IV.

ANTON.

Este es el civilizado,
yo el criado entre las peñas,
¡y yo su poder respeto!
¡y él mis canas atropella!
¿Y por qué en mí la humildad
y en él la vana soberbia?
porque yo indigente vivo
y él vive en grata opulencia.
Dios es sabio, él lo permite,
dará lo que me convenga.
Mas, ¿no puedo yo tambien
mirar por la faz adversa,
la rueda de la fortuna
que hoy se ha parado á mi puerta?
¿No puede su corazon
amar con pura nobleza
y hacer feliz á mi hija
sacándola de miserias?
Pensemos el caso bien,
que el que bien medita, acierta.
Con aire resuelto dijo:
«idolatro á tu hija Estrella,
»yo la quiero, yo la quiero,
»séase del modo que sea.»
Dos modos hay solamente:

el uno, la santa iglesia
lo garantiza; y el otro,
el otro... detente, lengua,
que solo pensarlo, mancha
mi honra como el sol ilesa.
¿Mas él no me amenazó?
Sí, fué para que cediera
á su exigencia, no hay duda,
pobre Estrella, pobre Estrella!
El arcángel de tu guarda
vele tu dulce inocencia:
tengo ganas de llorar,
mi alma en tristeza se anega;
salid, lágrimas, salid,
que el llanto alivia las penas.

ESCENA V.

El dicho y ESTRELLA *que entrará cantando una cancion alegre.*

EST. Padre mio.
ANT. Estrella amada.
¿de adónde vienes cantando?
EST. Yo? de dejar descansando
en el redil la manada.
ANT. Qué feliz eres!
EST. Por qué?
porque canto?
ANT. Sí, hija mia.

EST. Si no tengo yo alegría
quién la tenga no lo sé.
No nos falta nunca pan,
limpia estoy, libertad tengo,
por donde quiera voy y vengo,
tres lustros cumplo en San Juan.
¿No es mi vida la mejor?
tengo el sol de mi montaña,
tengo una hermosa cabaña
y un padre que me da amor:
el cielo me brinda albores,
fresco las selvas humbrosas,
los céfiros mariposas,
y la tierra frescas flores.
¡Una jóven, pretender
puede, dí, goces mejores,
que mariposas y flores
y campos donde correr!

ANT. ¿Y no envidias nada?

EST. Nada:
con tan dulces libertades...

ANT. ¿No has oido que hay ciudades
en el mundo?

EST. De pasada.
Cuentos estraños infiero
serán esos que dijera
en torno de alguna hoguera
algun pastor romancero.
Sí, concejas celestiales
que por los yermos caminos
inventan los peregrinos

para embaucar zagales;
mas si es cierto, allá se estén
en bien esos ciudadanos,
que yo aquí entre mis villanos,
señor, tambien estoy bien.

ANT. Aquí estás bien! (inocente!
y la miseria te amaga!) (*Entristecido.*)

EST. Padre, qué pena te embriaga?
¿por qué se anubla tu frente?

ANT. Por nada... (pierdo el sentido!) (*Llorando.*)

EST. Por nada dices, por nada,
y una lágrima abrasada
de tus ojos ha caido! (*Halagándolo.*)
Mírala en mi mano, sí,
mensajera es de dolor... (*Llevándosela á los labios.*)

ANT. Qué haces?

EST. Beberla, señor,
para que se albergue en mí.
Si es lágrima de ventura
quiero beber tu alegría,
y si es de melancolía
quiero beber su amargura.
Esplícame la razon
de ese llanto repentino.

ANT. Pues voy á abrirle un camino
de hiel á tu corazon.
Estrella, tienes amores? (*Sentándose.*)

EST. Señor, yo te lo diria,
mas si riñes.

ANT. Hija mia,
los tienes?

EST. Si aman las flores!
ANT. Y á quién le has dado tu amor?
EST. Hay una choza en el prado,
en donde habita mi amado,
que es de oficio cazador.
Angel se llama.
ANT. Ya infiero...
EST. Lo conoces, padre?
ANT. Sí,
varias veces junto á tí
lo ví en el abrevadero.
¿Y de corazon tú tomas
su amor con dulce albedrío?
EST. Nos amamos, padre mio,
como se aman las palomas.
Yo apenas asoma el dia
por los bosques, voy cogiendo
las flores que van abriendo
para mi Angel.
ANT. Hija mia!
EST. Y él en cambio, ¿tú no sabes
lo que hace? cuando el sol cae,
al puentecillo me trae
como es cazador, sus aves.
Mas hoy no he visto á mi amor:
sin duda le habrán contado
de que esta tarde he bailado
delante de aquel señor.
Y él te hablaba, yo lo via,
y sin duda era de mí.
¿Verdad que bien presumí?

Y es muy gallardo á fe mia :
mas vamos á la cuestion :
sabes mi secreto, ahora
tu pobre Estrella te implora
que le digas tu intencion.
Mas qué sombra...

ESCENA VI.

Los mismos y D. JUAN.

JUAN. Estrella hermosa,
no te asustes...
EST. Caballero...
pensé....
JUAN. Que era un bandolero?
No pienses, niña, tal cosa :
por el contrario, alma mia,
oí que á tu padre anciano
preguntabas un arcano,
cuyo arcano yo entendia.
Y usando de libertades
que Bernal me ha concedido,
niña, á sacarte he venido....
EST. Vos...
JUAN. De tus curiosidades.
Que el secreto de que habló
tu padre, Estrella, es de amores ;
y con palabras mejores
lo dirá el que lo creó.

Yo te adoro con pasion,
ay! pues desde que te ví,
lleno de amores sentí
mi soberbio corazon.
Porque eres tú mas galana
que la flor de la pradera,
mas pura y mas hechicera
que la luz de la mañana.
Y yo anhelo tu cariño
mas que la fuente el sediento,
mas que el oro el avariento,
mas que el pecho el tierno niño.

ANT. Señor...

JUAN. Yo su voluntad
respeto: así por favor
respeta tú á tu señor.

ANT. Estrella!

EST. Padre, callad.
¿Es malo que hable de amores?
dejad que sus labios den
requiebros: ¡suenan tan bien
al oido los favores!

ANT. Tambien suenan, hija mia,
bien al novel cazador
los trinos del ruiseñor
que en el monte lo estravía.

EST. Hablad, hablad; por mi madre,
quién sois vos?

JUAN. Prenda adorada,
el dueño de la manada
que me guardan tú y tu padre.

Est. Y vivís...
Juan. En la ciudad
dó se goza y se respira.
Est. ¡Señor, con que no es mentira
que hay ciudades!
Juan. No, es verdad.
Est. Sentaos, sentaos y decid,
esa ciudad es muy bella?
Juan. Oh! sí, encantadora Estrella.
Est. Cómo le llaman?
Juan. Madrid.
Est. Madrid! y hay mucho gentío?
Juan. Mucho.
Est. Y allí las mujeres
qué hacen?
Juan. Qué? gozar placeres.
Est. Con libertá?
Juan. A su albedrío.
Est. ¿Y es Madrid como estas hondas
sierras?
Juan. No.
Est. ¿Y las vestiduras
que gastan las hermosuras
de qué son?
Juan. De ricas blondas.
Est. Y se adornan...
Juan. Con topacios,
con brillantes y con perlas.
Est. Ay padre, quisiera verlas!
y en qué viven?
Juan. En palacios.

Est. ¿Y al matinal arrebol
van por agua á la fontana?
Juan. No, hija, que la tez lozana
la enturbia la luz del sol.
Est. Y no estarán tan morenas
cual yo en sitios tan salvajes.
Juan. Veladas por cortinajes
viven cual las azucenas.
Est. Y no guardarán ganados
ni tendrán ningun quehacer.
Juan. ¿Quién dijo que la mujer
debe trabajar? Menguados!
Sí, menguados los tiranos
que hacen al ser mas precioso
esclavo : ese es odioso
despotismo de villanos.
Que el ángel de la creacion
ay! nació á lo que las flores,
á dar bálsamo y colores
al campo del corazon.
Ant. Señor, señor, ten clemencia. (*A D. Juan*)
Juan. Que enmudezcas te aconsejo.
Ant. No pises á un pobre viejo
ni amancilles la inocencia.
Juan. Anton, desecha pesares,
no hagas el triste agorero,
sabe que soy caballero...
y que en Madrid hay altares.
Ant. Si con la verdad me habláras
tendida mi cabellera
sobre el polvo la pusiera

para que me la pisáras.
Así mi cuita prolija
no estrañes por Dios, señor:
no la escuches con rigor,
¡se quiere tanto á una hija!
Y si está tu corazon
hablándome sin ficciones,
de mi ser y mis acciones,
señor don Juan, ay! dispon.
Mas si con torcido giro
tu dulce plática va,
aun ágil mi mano está
para disparar un tiro.

EST. Vos un tiro? Dios piadoso!
(Pensativa sonriéndose.)

ANT. Qué piensas, niña inocente?

EST. Estoy mirando en mi mente
un paisaje tan precioso!
Tengo en mi imaginacion
un cuadro que ansiosa adoro,
donde hay perlas, plata y oro,
y blondas en un monton.

JUAN. Díme, hermosa, qué mas ves?

EST. Miro un inmenso gentío
sonriendo en torno mio,
flores echando á mis pies.
¿La tez que el sol ha quemado,
cómo vuelve á sus colores?

JUAN. Brillantes aguas de olores
limpian el cutis manchado.

EST. ¿Para todo allí (me hechiza)

hay remedio?

JUAN. Prodigioso:
lo feo allí se hace hermoso,
y hasta el mal se diviniza.

EST. Y vos me amais? oh! decid.

JUAN. Con el alma, con la vida.

EST. Con que de vos soy querida!
padre, dónde está Madrid?

ANT. Tiempo, si quiere el destino,
que lo sepas, llegará:
mientras no, útil será
el que ignores el camino.

EST. Y cuándo?

JUAN. Cuando tú quieras.
(Bajo á Estrella.)

ANT. El tiempo deja pasar.

EST. Mi padre me hace esperar
y don Juan...

JUAN. *(Al oido.)* Si te atrevieras...

EST. A qué, señor?

JUAN. Al nacer
la luna sobre el oriente,
á estar cautelosamente
aquí sola...

EST. Puede ser.

JUAN. Yo á tu puerta llamaria
tambien con sabia cautela
y al oirme en tu dulce vela...
comprendes?

EST. Que os abriria?
Y para qué?

JUAN. Para hablarte
sin testigos que atosigan
y que á suspender me obligan
palabras que han de agradarte:
con que á la una...

EST. A la una!

JUAN. Me comprendes?

EST. Sí comprendo.

JUAN. Cuando Anton esté durmiendo.

EST. Sí, cuando nazca la luna.

(*Don Juan pasa á hablarle á Anton Bernal.*)

Qué pasa por mí, Dios mio?
es cuento, delirio, ó sueño?
será real este empeño
ó creacion de un desvarío?

(*Se oye un silbido: Estrella queda sorprendida, y dice:*)

Mas un silbido sonó:
Angel sin duda será:
Angel! santos cielos... ah!
ese silbido me heló.
No, no, otra vez la ilusion
con sus encantos me halaga,
y con avidez apaga
el aye del corazon.
Sueño de oro hechicero,
jamás, jamás me abandones:
venid, dulces ilusiones,
que vuestros halagos quiero.

ANT. Mi amo sois, tened piedad:
mi honra estriba en vuestra fe:

JUAN. Lo que debo hacer lo sé.
Anton, con Dios os quedad.
(Dándole la mano á Bernal pasa junto á Estrella y dice:)
No os durmais.

EST. Con Dios id.
Yo dormir! Estais demente?
cuando tengo aquí en mi frente
la imágen de ese Madrid!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de la cabaña de Anton Bernal.

ESCENA PRIMERA.

ANTON *y* ESTRELLA.

ANT. Hija de mi corazon,
mi amor, por qué estás suspensa?
qué meditas?
EST. Padre mio!
ANT. Sé franca conmigo, Estrella.
EST. Señor...
ANT. Don Juan te enamora?
EST. Padre, lo tomas á queja?
es tan galan, que no pude
ser esquiva á sus finezas.
¿Díme, no vistes el campo
ay! que con gracia hechicera
ante mis ojos atónitos

pintó? qué cosas tan bellas
me dijo! no las oistes?
me trastornó la cabeza.

ANT. ¿Y al fin decidida estás
á dejar tus compañeras,
á olvidar tu alegre huerto
y tus nevadas ovejas,
y á desoir tristes ayes
que quizás por estas sierras
sonarán á tu partida?

EST. Ayes? de quién?

ANT. Ay! Estrella,
los cazadores tambien
saben sentir.

EST. Cesa, cesa,
es verdad, Angel...

ANT. El mismo.

EST. En mi alma se atropellan
tantos afectos, señor,
que el corazon me enajenan!
¡cuán feliz en mi ignorancia
vivia, padre! con ella
todos, todos mis deseos
estaban cumplidos.

ANT. Templa
esas pasiones, y mide
tu porvenir con tus fuerzas.

EST. Ese hombre ha despertado
en mi corazon ideas,
que si no las sigo peno,
y si las sigo... hallo penas.

Afecciones conocidas
aquí, señor, me sujetan,
é ilusiones ignoradas
me llaman por otras sendas.
Yo por cuentos siempre tuve
esas pinturas traviesas
que hacian los peregrinos
de ciudades hechiceras.
Como cuentos los oí,
mas ya que no son consejas
quiero ver, quiero probar.

ANT. Peligrosas son las pruebas;
pero vencerlas podrás
si á mi razon te sujetas.

EST. Bien, padre, y cuándo partimos?

ANT. No te apresures, Estrella:
espera, espera el destino.

EST. (Esperar!...)

ANT. En tanto, llega,
que quiero besar tu frente,
aunque abrumada, modesta. (*Abrazándola.*)
Qué hermosa! querida mia,
la noche sus velos cierra:
descansa aquí, mientras voy
á recorrer las ovejas.

ESCENA II.

ESTRELLA *sola.*

¿Cómo en mi corazon verter pudieron

El filtro que me llena de osadía?
¿Quiénes las brujas encantadas fueron
Que me ligaron á su hechicería?
¿Quién de mis ojos ha arrancado el velo?
¿Quién el rayo lanzó sobre mi frente
Para mostrarme audaz un nuevo cielo
Rico de luz, soberbio y esplendente?
¿Quién de mi corazon la fibra toca?
¿Quién le dió inteligencia á mis sentidos?
¿De dónde salió el filtro? de una boca.
¿Por dónde en mi alma entró? por mis oidos.
¿Qué hacer? gran Dios! las águilas su vuelo
Remontan por las nubes: el camino
Sigamos de las águilas del cielo,
Sigamos los impulsos del destino.

ESCENA III.

Dicha y Angel.

Est. Pero ¿quién mi puerta huella?
(Angel! ah! roto ha caido
¡cielo! el ídolo querido
que fabricaba.)
Ang. Yo, Estrella.
Est. Angel, cómo aquí has llegado?
cazastes hoy? (*Turbada.*)
Ang. Sí, alma mia. (*Con ironía.*)
Sí, cacé hasta el mediodía,
pero he vuelto horrorizado.

EST. Por qué?
ANG. Mira, en un otero
vi á una tórtola, estasiado,
que le arrullaba á su amado
con un cariño hechicero.
Y cuando mas se gozó
en su ventura, inhumano
bajó del viento un milano
y á su amor le arrebató.
Yo, veloz cual la saeta,
con ligereza inaudita
á aquella ave maldita
le disparé mi escopeta.
Como es certera mi mano
poco sus alas valieron.
EST. Y... (*Conmovida.*)
ANG. Nada, al suelo cayeron
la tórtola y el milano. (*Llorando Estrella*)
Lloras y tiemblas? no sabes
que mi oficio es el matar?
¿por qué te han hecho temblar
la muerte de esas dos aves?
Por qué? callas! yo lo sé:
porque hay en tu corazon
escondida una traicion
para el que te dió su fe!
Porque se cierne en el viento
otro atrevido milano
para robarme tirano
mi dicha.
EST. Fiero tormento!

ANG. Solamente que imagino
que la tórtola murió,
mas no por su culpa, no,
sino á manos del destino.
Y tú te dejas robar
con gozo en el corazon
por volar á otra region
en donde piensas gozar.
Yo tus pasos espié,
donde quiera hoy te seguí,
y tus palabras oí,
y tus facciones miré.
Y en ralabras y en facciones
vi exaltada tu pasion,
y arrojar del corazon
tus antiguas afecciones.
Callas y lloras! por qué?
tu soberbia valentía
no puede una villanía
sustentar, mujer sin fé?
EST. Angel!
ANG. Tu mente no acierta
á desmentir mis razones:
oye, al toque de oraciones
llegué al quicio de esa puerta.
Hallé á tu padre embriagado
adorando lo que hablaba
un caballero que estaba
si no me engaño, á tu lado.
Sus palabras en mi ardid
pude comprender, Estrella.

Est. Ah!

Ang. ¿Es cierto que es muy bella
esa ciudad de Madrid?

Est. Angel, Angel, por tu amor
compadézcate mi llanto!
Angel, yo padezco tanto!
sufro tan fiero dolor!
Pero me manda el destino
y es preciso obedecer:
no puedo retroceder
ya de mi nuevo camino.
Yo te quise con pasion,
soñé como ahora tú sueñas
encontrar entre estas peñas
dicha para el corazon.
Pero el sol que en mi deseo
miraba manando albores,
fué solo los resplandores
del rico sol que ahora veo.
Aun yo te adoro.

Ang. Delira!

Est. Aun te idolatro, Angel mio.

Ang. Yo sufriré tu desvío,
mas no tu infame mentira.
Dices que me adoras ¡ah!
que me adoras, fementida!
y á otro corazon rendida
tu loca ilusion está!
Aun pretendes que mi santo
cariño siga sin mengua
por el dicho de tu lengua

¡de lengua que mintió tanto!
El tiempo que te creia
pàra siempre ya pasó:
ya mi corazon quebró
la urna en que te tenia.

EST. Y qué, me niegas tu amor?

ANG. Y qué? le hace falta alguna
á una mujer de fortuna
el amor de un cazador?

EST. Mujer de fortuna yo!

ANG. Así la mujer se llama
que tras la ilusion que ama
como tú se abandonó.
Así la que loca va
corriendo con negra venda
por desconocida senda
á ignorado mas allá.
¿Y ese mas allá, tú sabes
lo que te tendrá guardado?
por dejar su bosque amado
se suelen perder las aves.

EST. ¿Y entre estas peñas sombrías
qué dicha tenia guardada?

ANG. Estrella, hoy no tienes nada,
pero ayer mucho tenias.
Ayer de un hombre que amaba
con encantada pasion
tenias el corazon
y un brazo que te guardaba.
Ayer conservaba el ampo
tu candor, ayer ufana

eras en lo pura, hermana
de las tórtolas del campo.
Pero hoy á mis ojos eres,
si ayer fuistes un arcángel,
una mujer...

EST. Por Dios, Angel...

ANG. Como todas las mujeres.

EST. Y qué pretendes de mí?

ANG. ¿Qué se puede pretender,
Estrella, de una mujer
que hace lo que hacer te vi?

EST. Angel, y si esa mujer
arrepentida se echara
á tus pies?...

ANG. La levantara.

EST. Para volverla á querer?

ANG. Quizás, que mi corazon
en medio de su amargura
no encendió la llama impura
del rencor.

EST. (*Arrodillándose.*) Angel, perdon.

ANG. Qué haces? ah! levanta, Estrella.

EST. Perdona mi desvarío.
Idolátrame, Angel mio.

ANG. Ah! me pareces tan bella!
No me mientas por tu amor:
no por aquietar mis penas
ay! me des á manos llenas
consuelos de tal valor.

EST. Lo que pasó sueño fué,
ay! que enloqueció mis sienes;

mas ya despierta me tienes,
Angel, vuélveme tu fé.

ANG. Perdió el infierno la lid.
Tu padre se acerca.

EST. Ah!
A Dios.

ANG. Adórame.

EST. Ya
debo olvidar á Madrid. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ANGEL *y* ANTON.

ANT. ¿Qué haceis en mi casa
solo y á deshora,
al dintel parado?
Qué? si se os antoja
entrad, que hay candela
dentro de mi choza.
¿Os habeis perdido
por entre las sombras
y la luz os trajo
cual á mariposa?
Por Dios que ó sois mudo
ó falto de honra.

ANG. No me conoceis?

ANT. Algunas que ótras
veces os he visto
cazando palomas:

pues, mozo, aunque veas
volar caprichosa
en las arboledas
de mi huerta humbrosas
una tortolilla,
te advierto de ahora
no es de las silvestres
que ves por las lomas.

ANG. Tiene dueño?

ANT. Tiene.

ANG. Y quién?

ANT. Se te importa?

ANG. Y mucho.

ANT. Pues poco
sabrás de mi boca.

ANG. Y si yo os dijera
que esa vírgen tórtola
me ofrece su nido
con ansia amorosa...

ANT. Dijera que mientes.

ANG. Anton...

ANT. O que ignoras
que otra ave estranjera
nubló tús victorias.

ANG. Las victorias pueden
tornarse en derrotas.

ANT. Quizás cual las tuyas?

ANG. Quizás cual las otras.

ANT. Por Dios! no te entiendo.

ANG. Vuestra hija me adora.

ANT. Ella te lo ha dicho?

ANG. Lo juró gozosa.
ANT. Mientes cual villano.
ANG. La verdad me sobra.
ANT. Sorprenderme quieres?
ANG. No intento tal cosa.
ANT. Bien, toma tu senda.
ANG. Llegará la hora.
ANT. Es que esta es la mia.
ANG. Pues la mia es otra.
ANT. Hola, es desafío?
ANG. Es caso de honra.
A pediros vengo
su mano.
ANT. Forzosa
respuesta me pides,
pues la tienes pronta:
hay un rico mozo,
señor de gran loa,
potente en la corte
de fama y de boga,
que adoró á mi Estrella
como tú la adoras.
Pidióme su mano,
habléle á la novia;
la novia admitiólo.
Ya ves que de boda
se encuentra tratada
la que tú ambicionas.
ANG. Posterior á ello...
ANT. No vengas ahora
con necias argucias.

ANG. Pido que me oigas.
ANT. Escuchar no puedo.
ANG. Una razon sola.
ANT. Ninguna.
ANG. Por Cristo.
ANT. Ni por la Madona.
ANG. Cruel no seais,
llevadme á ella á solas,
veréis si me ama.
ANT. Sellad esa boca:
quereis que á ella os lleve,
(la ira me ahoga)
¿quereis entre ambos
volvérmela loca?
ANG. Mirad...
ANT. Nada miro.
ANG. Perdeis...
ANT. Qué os importa?
ANG. Su inocencia.
ANT. Bueno,
y de ello qué os toca?
ANG. Qué me toca?
ANT. Nada,
doblémos la hoja.
ANG. Con que me negais...
ANT. Con toda la boca.
ANG. ¿Y le dais su mano
al hombre de boga,
de fama y valía!...
ANT. Sí, será su esposa.
ANG. ¿Y si es un villano...

ANT. Tu injuria le honra.
ANG. Que quiere perderla?
ANT. Ella es virtuosa.
ANG. Sed de oro teneis.
ANT. Es agua preciosa.
ANG. Para un dia os cito.
ANT. Me dirás la hora.
ANG. Y entonces tus lágrimas...
ANT. Las daré á las rocas.
ANG. Anton Bernal, mira...
ANT. Solo que me enojas.
ANG. A Dios. (*Vase.*)
ANT. Mejor suerte
para las palomas.

ESCENA V.

ANTON.

Vive Dios, que cada uno,
caminando con su antojo,
disponer del bien ajeno
quiere en el mundo engañoso.
Y la audacia! ¿mas acaso
habré partido de pronto?
¿No ha podido arrepentida
Estrella volver el rostro
en su pasion, y bajar
al ídolo de su trono?
¿No han podido parecerles

sus deseos engañosos?
Ah! sondeemos su intencion.
Estrella... Estrella... qué oigo?
habla: con quién puede ser?

(Se dirige á la puerta del foro que da al interior; la abre y deja ver á Estrella dormida.)

Ah! duerme! oigamos.

EST. *(En sueños con vehemencia.)* Qué hermoso!
Cintas, perlas ceñid en mi frente,
Y con blondas mi talle velad,
Un palacio elevad de repente
De oro, plata, topacio y cristal.
Rodead de jardines mi estancia,
Donde reine por siempre el abril:
Quiero luces, bullicio y fragancia,
Gozar quiero en el mundo y reir.
Soy señora, mi amor es gallardo,
La fortuna es mi amiga, venid:
Impaciente, don Juan, os aguardo
Para ver el soberbio Madrid.
Y al llegar echad yerbas de olores
Entre aplausos sin fin á mis pies,
Y en carroza de nácar y flores
A mi alcázar llevadme despues.
Ese ruido... serán los caballos. *(Sentándo-*
Y esas voces! me llaman, gran Dios! *se.)*
Esos potros... aquí sujetallos,
Vamos, vamos á la corte.—Oh!

(Bajándose del lecho corre á la escena: su padre la sujeta y despierta.)

ESCENA VI.

ANTON *y* ESTRELLA.

ANT. Adónde, Estrella, caminas?
EST. Las imágenes divinas
¿qué se han hecho? dónde están?
ANT. Por el mundo que imaginas,
Estrella, corriendo van.
EST. Ah! por el mundo soñado!
por ese mundo dorado
que fabrica la ilusion
¡ay! para dejar burlado
á mi pobre corazon. (*Fuera de sí.*)
Ven, corramos, padre, ven.
ANT. Pero adónde? á la ventura.
EST. No oyes? (*Desprendiéndose de su padre.*)
ANT. Los pasos deten.
EST. No oyes las voces?
ANT. De quién?
EST. Ven, verás...—La noche oscura.
(*Con melancolia.*)
(*Coge á Anton de la mano y lo lleva á la puerta que abre dejándose ver el campo envuelto en las sombras de la noche.*)
La soledad, el desierto,
(*Parada ante la oscuridad.*)
el fuego de los pastores,
los álamos de mi huerto,

el negro peñasco yerto;
á Dios, sueños seductores.
Cerrando la puerta con amargura.)

ANT. Hija de mi corazon,
inocente tortolilla,
modera aquesa afliccion,
pues no será maravilla
sea realidad tu ilusion.
Descansa, duerme, hija mia,
y olvida el vehemente empeño.

EST. Ay! padre, hasta el nuevo dia.

ANT. A Dios, la vírgen María (*Besándola.*)
vele tu inocente sueño.

ESCENA VII.

ESTRELLA.

Vamos al lecho otra vez
á ahogar mis penas amargas
con los misterios que el sueño
en su paso me regala.
Vamos á tender de nuevo
por esas regiones mágicas
de mis ardientes deseos
¡gran Dios! las soberbias alas.
¿Mas es posible que todo
sea sueño? aquí en mi estancia
no ha estado don Juan há poco?
¿Si no, de quién las palabras

fueron ay! que me llenaron
el corazon de esperanzas?
Ah! si fueron realidades
ellas volverán, si raras
quimeras, bien me estaré
cual siempre estuve en mi casa.
Angel será mi don Juan,
mi Madrid estas montañas,
mis perlas las frescas flores,
el gentío mi manada.
Sí, vestiré de ilusiones
los antojos de mi alma.
(*Se oye llamar á la puerta del campo.*)
Mas á mi puerta llamaron...
no hay duda, y otra vez llaman,
y yo recuerdo una cita
y no sueño, vírgen santa.
Abramos. (*Lo hace.*)

ESCENA VIII.

ESTRELLA *y* D. JUAN.

Cielo, don Juan.
JUAN. A Dios, Estrella adorada.
La esquila de la aldea dió la una.
Fiel á tus pies me tienes, pastorcilla:
Sobre el oriente la menguante luna
En este instante sonrosada brilla.
EST. Sentaos.

JUAN Para qué, querida mia?
EST. No vais á hablarme?
JUAN Pero en tu cabaña?...
EST. Pues en dónde, don Juan?
JUAN Mejor seria...
EST. Dónde?
JUAN En la soledad de la montaña.
Ven conmigo, mi amor, mi mano toma,
E irémos á surcar sendas de flores:
Alza tus alas, cándida paloma,
Que tengo para tí nido de amores.
¿Conservas de la corte aun en tu mente
La pintura, mi bien?
EST. Está grabada.
JUAN Y no la quieres ver?
EST. Con ansia ardiente.
JUAN Solos estamos, ven, Estrella amada.
A tus puertas mi overo
Con gallarda impaciencia nos espera,
Firmes sus cascos son en el sendero,
Y mas veloz que el viento su carrera.
Por veredas estrañas
Nos llevarán dos diestros hortelanos,
Y en dejando estas ásperas montañas
Tendremos coche y gentes en los llanos.
EST. Don Juan, voy á llamar...
JUAN Yo no imagino...
EST. A mi padre.
JUAN Jamás, porque vendria
A estorbar, vive Dios, nuestro camino.
EST. Y yo sola con vos...

JUAN Sí, hermosa mia.
EST. Ay no, don Juan.
JUAN Por qué?
EST. Porque tendria
Miedo.
JUAN Miedo de de mí? qué desatino!
Miedo de un hombre que te adora tanto!
De un hombre que te dá en su amor profundo
Palacios, oro, honor, en fin, y cuanto
Cabe de bello en el jardin del mundo!
Que anhela caballero
Cuidarte en sus amores
Como cuida el asíduo jardinero
El ramo favorito de sus flores!
Qué pedirás allí que no poseas!
Sí, vé formando antojos,
Y cumplido verás cuanto deseas;
Tuyo es el mundo y dioses son tus ojos.
El caballo ahí espera,
Muda es la soledad, libre el desierto,
Tus brazos dame, tórtola hechicera,
E irás á ver el sol á campo abierto.
EST. Y Anton mi padre no regañaria
Si lo dejase Estrella abandonado?
JUAN Por el pronto, es verdad, se asombraria,
Mas luego quedaria alborozado:
Despues de estar allí le llamaria
A vivir feliz siempre á nuestro lado.
Qué sorpresa, es verdad?
EST. Feliz sorpresa!
JUAN Vamos?

EST. Sí, confiada en tu promesa.

(Vanse.)

(A pocos instantes se oye un tiro, Anton sale de su habitacion sorprendido.)

ESCENA IX.

ANTON.

Cielo! un tiro han disparado,
y fué muy cerca, muy cerca,
parece que lo lanzaron
¡gran Dios! en la misma puerta.
Gracias que no lo ha sentido
la pobrecita de Estrella,
que hubiera llevado un susto!
Profundo sueño la anega
cuando no la ha despertado
la detonacion violenta.
Voy á contemplar su sueño.
Si dormida está tan bella!
que parece un querubin:
voy á verla, voy á verla,
que un hijo dormido, á un padre
lo estasía, al cielo lo eleva.
(Abriendo la puerta de la habitacion de Estrella.)
Mas, tengo turbios los ojos?
ó mis pupilas no aciertan
á ver! no hay duda, Dios mio!
(Tentando el lecho.)

no la hallo en su lecho: Estrella...
Estrella del alma mia,
hija, responde: desierta
está su estancia; amor mio,
Estrella, cielos! las fuerzas
van faltándome: ¿si al campo
habrá ido á ver las ovejas?
(*Abre la puerta con intencion de salir y se halla á Angel.*)

ESCENA X.

ANTON *y* ANGEL.

ANT. El cazador, ah! decidme.
ANG. Maldita sea mi escopeta.
(*Arrojándola al suelo con ira.*)
ANT. Decidme, zagal, decidme,
encontraste á mi hija Estrella?
ANG. Vuestra Estrella va eclipsada
detrás de una nube densa.
ANT. Habládme claro, por Dios.
ANG. Que os hable? (*Con risa sardónica.*)
ANT. Pronto, al instante.
ANG. ¡Sepamos el ignorante
quien es aquí de los dos!
ANT. No te entiendo.
ANG. Anton Bernal,
tampoco yo te entendia
cuando esta noche me via

lanzado de este portal.

ANT. No me vengas con arcanos,
hábláme con claridad.

ANG. La noche es clara en verdad,
y no atinaron mis manos.

ANT. Para qué, dí, para qué?
esplícate, que deliro.

ANG. ¿No oistes há poco un tiro?

ANT. Sí.

ANG. Pues yo lo disparé.

ANT. Pero díme, hombre cruel,
díme qué sabes de Estrella?

ANG. Id, preguntádselo á ella;
no, preguntádselo á él.

ANT. Quién es él?

ANG. El caballero
de prez, de fama y valía.

ANT. Quién, don Juan?

ANG. Por vida mia.

ANT. Dónde está?

ANG. Por el sendero.

ANT. Ah! fuerza será buscallo.

ANG. Bien el asombro fingís.

ANT. Por el sendero decís?

ANG. Por el sendero á caballo.

ANT. Me haces el alma pedazos;
pero mi Estrella, mi Estrella...

ANG. Con don Juan.

ANT. Cielos! quién! ella?...

ANG. Por el sendero en sus brazos.

ANT. Cielo! arráncame la vida

y no me mientas, cruel!
Ella va sola?...

ANG. Con él
por el sendero perdida.

ANT. Airado seguirlo quiero.

ANG. Sí, vé, que aun te dará honra
el coger de tu deshonra
los trozos por el sendero.

ANT. Con esa calma infernal
te burlas de mis dolores?

ANG. Lo mismo de mis amores
te burlaste, Anton Bernal.
Porque tú me despreciaste
cuando humilde te rogué,
y al verme bajo tu pié
sin caridad me pisaste.
Y cambiaste la honra mia
que aunque pobre, pura estaba,
por la infamia que te echaba
el de la prez y valía.
Tú lo quisistes, ahora
carga con ese borron,
y no implores compasion
viejo imbécil, sufre y llora.
Sobre tí caiga su mal
y sobre tí su baldon;
sobre tí su perdicion,
sí, sobre tí, Anton Bernal.
Porque tú en tus ambiciones
su pensamiento exaltaste,
y malvado la arrojaste

en ese mar de pasiones.
Oro, le dijiste, el oro
es la dicha de la vida,
y por eso fué engreida
al mundo por un tesoro.
ANT. Esa lengua venenosa
calla, víbora fatal.
ANG. Sed tienes de ese metal,
el oro es fuente preciosa:
tú lo has dicho, tú lo has dicho,
por tí lo sé, viejo inmundo,
ella es bella, infame el mundo,
la honra un soñado capricho.
Por eso me abandonó
por el hombre de valía
cuando tanto me queria!
por tí se sacrificó!
Por oro á la corte fué
porque yo no se lo dí:
oro necesito, sí,
oro, Anton, oro tendré.
Que mientras existan breñas
en la orilla del camino,
oro tiene el asesino.
ANT. Ay! tambien tú te despeñas!
ANG. Sí, sí, Anton, ser rico quiero
para rescatar tu hija:
mi puntería es muy fija
y puedo ser bandolero.
ANT. Calla, calla, infame aspid.
ANG. Tú me arrojas á ese sino.

Adios. (*Cogiendo desesperado su escopeta.*)

ANT. Vamos.

ANG. Yo al camino.

Y tú?

ANT. (*desesperado.*) A Madrid, á Madrid.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala magnificamente decorada, dando vista á dilatadas galerías, en Madrid, casa de don Juan: puertas laterales en ambos lados: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

D. Juan *y* D.ª Leonor.

Leo. Pues te lo repito, hermano,
yo no quiero que á mi sombra
hagas tus calaveradas.
Juan. ¿Ha olvidado usted, señora,
nuestro contrato? Leonor,
yo no me meto en tus obras:
así, deja que las mias
corran libres de tus notas.
Leo. ¡Pero traer á mi casa
á esa mujer! En buen hora
si la dejáras en grados
de costurera ó fregona.

Pero presentarla al mundo
con honores de señora,
es á la verdad, chocante,
inmoral...

JUAN. Miren la monja!
Ya no recuerdas...

LEO. Hermano.

JUAN. Capitulacion.

LEO. Perdona,
mas te ruego, que si piensas
esta noche, ó si no otra,
en la *soiré* presentarla,
no me tomes á mí en boca.

JUAN. Para qué? de aquel partido
eres la dueña y señora,
de este yo. Este salon
es campo neutro, de forma
qué cada cual sobre sí
eche su infierno ó su gloria.

LEO. La presentas esta noche?

JUAN. No que no.

LEO. ¿Y qué idea forjas
para hacerlo?

JUAN. En el bullicio
pasará cual pasan otras
por una desconocida.
Ya conoces que es hermosa,
y la hermosura, Leonor,
es el licor de las órgias.
Si algun mozuelo imprudente
me hace una pregunta tonta,

le contestaré cual suelo
por boca de mis pistolas.
Y si alguna remilgada
hace lo mismo curiosa,
le diré que es mi parienta
y aquí paz y despues gloria.
Tú escucha, enmudece y mira
que tu estado entra con todas.
Si fueras una doncella
sin duda haria otra cosa;
pero viuda, Leonor,
y del marqués de la Goma,
en todo pegas.

LEO. Hermano,
me desarmas con tus bromas;
á Dios, y cumple tu oferta,
yo marcho al salon, que ahora
dan las diez.

JUAN. Con que hasta luego.

LEO. A Dios. (*Vase.*)

JUAN. A Dios, mariposa.
Pero allí asoma mi Estrella.

ESCENA II.

El mismo y ESTRELLA.

JUAN. No viene mal: qué elegante!
Voy á hacer lo que á un amante
le toca hacer con su bella.

Venid, hermosa, venid.

EST. Os gusto?

JUAN. Ya lo estais viendo.
Vaya, ¿qué os va pareciendo
el encantador Madrid?

EST. Don Juan, yo no sé esplicar
todo lo que llego á ver.
Mas sin saber comprender
he sabido disfrutar.

JUAN. Qué os parece este bullicio,
esta continua verbena?

EST. Una cosa que enajena
y que trastorna el juicio.

JUAN. Y me quereis?

EST. Cada dia
os tengo mas aficion:
¿No veis que mi corazon
antes ni aun querer sabia?

JUAN. Y os pesa haberos venido?

EST. No, porque felice soy;
mas á recordaros voy
que es deuda lo prometido.
Mi padre aun nada de mí
sabe, y el pobre...

JUAN. *distrayendo la conversacion.* Qué olor
tan rico tiene esa flor!

(*Por unos alelies que tendrá Estrella en el pecho.*)

EST. Me oiste?

JUAN. Es un alelí?
Vistes á mi hermana?

EST. No,

de verme siempre se esquiva:
por qué es?

JUAN. Porque es muy viva.
Las diez ha dado el reló:
aviaos, querida mia,
que es tarde para el festin,
y quiero que un serafin
no os alcance en bizarría.

EST. Pues á Dios.

JUAN. A tu retrete
quiero acompañarte, Estrella.

EST. Bien, que pase una doncella (*A un criado.*)
á vestirme al gabinete.

(*D. Juan le da el brazo y la conduce á la puerta lateral de la izquierda: al mismo tiempo quedan detenidos en las galerias observándolo D. Manuel, D. Luis y Alfredo, que se adelantan al desaparecer Estrella.*)

ESCENA III.

D. JUAN, D. MANUEL, D. LUIS *y* ALFREDO.

LUIS. Salve, Patriarca. (*Con ironia.*)

ALF. Salud,
sufridisimo casado.

MAN. A Dios, modelo, dechado
y norma de la virtud.

JUAN. Sí? pues yo á todos, pardiez,
saludo en los mismos modos.

Y ahora le pregunto á todos:
¿es de Champaña ó Jerez?

Man. El qué?

Juan. La turca.

Man. Qué turca?

Juan. Con la que haceis mil proezas.
Digo! traeis las cabezas, (*Burlándose.*)
pues, bailando la mazurka.

Man. Yo no he probado ni gota.

Alf. Yo tampoco.

Luis. Pues yo menos.

Juan. ¿Y de adónde venís, truenos?

Man. De en casa de la de Mota.

Juan. Como que entrais saludando
epigramáticamente.

Man. Entramos precisamente
tu morada respetando.
Porque antes no es lo que ahora:
ante, entrábamos jurando:
hoy es fuerza entrar pisando
quedo.

Juan. Y por?

Man. Por tu señora.

Juan. ¡Ja, ja, ja! tanto respeto.

Man. Échala de desalmado.
Nos han dicho estás casado
con Estrella de secreto.

Juan. Ja, ja, ja!

Man. Ríete ya...
disimula con tus prontos.

Juan. ¡Qué triunvirato de tontos!

LUIS. Y tu suegro?
JUAN. Ja, ja, ja!
Mentecatos, escuchad;
decid, no me conoceis?
entonces, ¿por qué teneis
la fábula por verdad?
Ba, contempladme, menguados,
y si habeis la vista clara,
decid si tengo la cara
cual la tienen los casados.
Pues no fuera malo ahora,
ya que estoy hecho un vestiglo...
ALF. Lo que no se hace en un siglo
puede hacerse en media hora.
JUAN. Pues señor, mi confesion
oid: no me traje á Estrella
para casarme con ella,
que no fué tal mi pasion.
Me la traje por tener
variacion en mi paisaje:
para acabar, me la traje,
señores, porque es mujer.
Es cándida, de buen porte,
elegantita, graciosa,
en fin, buena mariposa
para el jardin de la corte.
Y su poca de ilusion
juro que me causó ella;
pero, amigos, ni una Estrella
cura ya mi corazon.
Un corazon educado

en la crápula y el vicio,
sin átomo de juicio,
de gozar, lelo, cansado.
Sin ilusiones de amor,
sin esperanza en la vida,
con la virtud ya perdida,
hecho un tronco sin verdor,
que á todo soy indigesto,
pues en nada hallo placer;
que lo que bendije ayer
hoy lo maldigo y detesto!
Ay! me habia yo de echar
los mandamientos al cuello,
y andar como anda el camello
cargado!... eso es delirar.
Creo que estaréis convencidos
con mi franca confesion.

Man. Hablastes como un Neron.

Luis. Como cien diablos reunidos.
Y en obsequio á la sincera
loa que acabas de hacer,
hoy nos hemos de beber
cada uno una ponchera.

Man. Acoto.

Alf. Y yo de contado.

Man. Abracémosle primero,
porque encontramos soltero
al que lloramos casado.
Mas dínos, que á la verdad
haciendo estamos capítulo
por saber bajo qué título

la traes á la sociedad.

JUAN. Qué! por eso no os dé grima,
todo ello importa un bledo:
tengo una tia en Toledo,
la hago su hija, y es mi prima.
Y al presentarla diré:
aquí está mi prima hermana,
hija de mi tia Susana,
viuda del conde del Té.
Que aunque diga un disparate,
el colarla es muy sencillo
como huela á titulillo,
llámela té ó chocolate.

MAN. Pero tu marquesa cara
no ha de tragar esos polvos.

JUAN. Pues si no los traga á sorbos
lo tragará con cuchara.

MAN. Y vamos, dínos, qué tal
se porta tu Dulcinea.
Es guapetona?

JUAN. No es fea.

MAN. Y qué?

JUAN. Hija de Anton Bernal.

MAN. ¿Conservas tus ilusiones?
¿no te ha fastidiado aun?

JUAN. Amigos, eso es segun.

TODOS. Ja, ja, ja!

JUAN. Hay opiniones.
Sí, la rosa en el rosal
incita mas que en la mano:
ergo si sapis, es llano,

rosa es la de Anton Bernal.

MAN. Pues amigo, sabes, chico,
la que está como un jazmin...

ALF. Está hecha un querubin,
amigo, es bocado rico.

MAN. Ya se vé! como que está
encerradito en su casa....

LUIS. Pues no sabe lo que pasa
por el mundo, no es verdá?

JUAN. Decid quién, le pondré nota.

MAN. No la tiene.

JUAN. Raro es.
Queréis reiros los tres.

MAN. La sobrina de la Mota.

JUAN. La Aurora, àmigos, decís?
Está en Madrid? pues que huya.

MAN. Sí, la que por causa tuya
desterraron á París.

JUAN. Señor, á creer no me atrevo...

MAN. Y hay mas: que esta noche viene
con su tia.

JUAN. El diablo tiene.
Que me saquen el frac nuevo.

MAN. Cómo te animas.

JUAN. Je, je.

MAN. Si tienes hasta otra cara.

JUAN. Vieni Pamira al'ara
(*Mirándose al espejo y cantando.*)
vieni á regnar cun me.
Viene muy bella, decís,
y estará muy coquetilla.

MAN. No será eso maravilla:
llegadita de Paris.
JUAN. A ver, tendedme la vista:
¿no estoy aun elegante?
MAN. Comm'il faut, vaya, flamante
á un paladin de conquista.
¿Y tu Estrella?
JUAN. Se eclipsó:
al mejor postor la cedo.
MAN. Bien, yo con ella me quedo.
LUIS. ¿Pues qué, soy de trapo yo?
ALF. Y yo?
JUAN. Bah! tambien tú gritas?
Vais á reñir?
ALF. De contado.
JUAN. Si todo está gobernado
en echándola á pajitas.
Criad. El conde de San Ramon
y el marqués de Frescas Flores.
JUAN. Mi hermana está en el salon,
que pasen esos señores.
Yo voy á aviarme.
MAN. Sí,
apriétate bien la cota.
Criad. La marquesa de la Mota.
JUAN. Esa no, que pase aquí.
Entretenedlas, muchachos.
MAN. Queda á nuestra cuenta, Juan.
(*Juan va mirándose en los espejos.*)
Ah presumido! ya van
blanqueándote los mostachos.

ESCENA IV.

Los dichos, la Marquesa *y* Aurora. *—Luis y Manuel le brindan asiento, Alfredo á Aurora.*

Man. Marquesa.
Luis. Marquesa.
Marq. A Dios.
Oh! nos vamos persiguiendo.
Man. Aquí. (*Arrimándole silla, y admite el divan que le ofrece Luis.*)
Marq. Bah, me estais poniendo
en un conflicto los dos.
Dispénseme usted, Manuel, (*Sentándose.*)
mas cerca tengo el divan.
¿Y Leonorcita y don Juan?
Man. Por ahí por ese Babel.
Luis. Ya de volver de París
tendria usted ganas, Aurora.
Aur. Siempre con pasion se adora
la patria de uno, Luis.
Luis. Y si á la patria se agrega
algun recuerdo de amor,
se hace el deseo mayor.
Marq. Con que ya su amor le niega!
(*A don Manuel que habrá estado á su lado.*)
Vaya, es mucho calavera.
Man. El haber sabido ahora...
Marq. Qué?

MAN. La llegada de Aurora,
con mas razon...
MARQ. (Fácil fuera!)
¿Qué, sabe ya que está aquí?
MAN. Ya; y al saberlo, marquesa,
se volvió loco.
MARQ. Pues esa
es rara locura.
MAN. Sí.
MARQ. (Sabré vengar el desprecio
que hizo el tuno de mi amor.
Oh! sí, el saciar un rencor
por Dios que no tiene precio.)
MAN. ¿Y vos conoceis á Estrella?
MARQ. En el teatro una noche
la he visto, y otro dia en coche.
MAN. Sí?
MARQ. Por cierto que es muy bella.
Cortita...
MAN. Muy corta, sí,
como en el campo criada.
MARQ. Un poquito de abobada.
MAN. Miradla, que viene aquí.

ESCENA V.

Los mismos, ESTRELLA *y* D. JUAN, *que deben aparecer á un tiempo perfectamente vestidos, saliendo por las puertas opuestas de los lados. Estrella se sienta junto á la marquesa con cortedad,*

don Juan saluda al pasar con interés á Aurora, y saluda á la marquesa, permaneciendo en pié en el divan. Alfredo se marcha.

JUAN. Marquesa, á los pies de usted.
Ay! qué divina! Aurorita! (*Saludándola.*)
AUR. A Dios, Juan.
EST. (*A don Juan.*) Toma aquí asiento.
JUAN. Vive Dios que está mas linda.
MARQ. Juan! (*Hablándole al oido.*)
JUAN. Marquesa.
EST. Cielos santos!
qué jóven tan peregrina! (*Por Aurora.*)
Por qué no te sientas, Juan? (*Con inquietud.*)
JUAN. Luego.
MARQ. Juan, ¿y Leonorcita?
JUAN. En el salon debe estar.
Creo que no traeréis gran prisa:
descansar podréis aquí...
MARQ. Sí, bien, y esta señorita... (*A media voz.*)
JUAN. Una parienta lejana... (*Id.*)
que ha venido ahora...
MARQ. *riéndose.* De Lima?
JUAN. Precisamente.
MARQ. Don Juan!
JUAN. Creeis que miento?
MARQ. Ave María!
Pero ya que usted lo dice
apoyo por cortesía.
Ya estaba en antecedentes.
JUAN. Sí?

MARQ. Sí.
JUAN. Vaya....
MARQ. Y es divina.
EST. Muchas gracias.
MARQ. Coqueton,
la cuenta usté entre sus víctimas.
A esa cabeza le falta
ya la rueda catalina.
(Luis se acerca á hablar con Estrella, que no quita la vista de don Juan, Aurora y la marquesa.)
JUAN. Qué bella está Aurora.
MARQ. Sí?
JUAN. Me hace por Dios echar chispas.
MARQ. Ni que fuera usté un cohete.
(Desvergüenza mas altiva
no se ve en hombre ninguno.)
JUAN. Por ella no sé qué haria.
MARQ. Lo que pudiera usté hacer
ya no ha lugar, que esta niña
no ha de quedar en la corte
siendo tan pura, perdida.
JUAN. El sol sale para todos,
no veis? hasta las hormigas
tienen recursos, marquesa.
MARQ. Sabeis de filosofía?
JUAN. He leido....
MARQ. Qué?
JUAN. El Foblás,
y las ruinas de Palmira.
MARQ. Ja, ja, es preciso reirse.
Vaya, es usted el Atila

del amor, el crudo azote
de las mujeres.

EST. Juan, mira,
aquí te puedes sentar.

JUAN. Sí, mas tarde, señorita.

EST. (Señorita! ni que fuese
de él una desconocida.)

JUAN. Si usted me permite, voy.
(*Señalando á Aurora.*)

MARQ. A Dios. (Vé, que ya la mina
la tienes bien preparada:
de todo está prevenida,
y vengar sabrá el desprecio
que le hicistes á su tia.
Yo sabré ponerle coto
á tus traidoras conquistas,
y por mi mano, don Juan,
te haré probar el acíbar.
Que aborrezcas á tu Estrella
haré.) Qué dice usté, amiga? (*A Est.*)

EST. Nada, como que en secreto
hablásteis los dos.

MARQ. (Principia
mi drama.) ¿Y qué de la corte
dice usted?

EST. Que es muy bonita.

MARQ. Habrá usted visto el palacio?

EST. No.

MARQ. Ni Aranjuez? ¿Y la linda
casa de campo?

EST. Tampoco.

MARQ. Qué pereza, madre mia!
EST. Como hacen solamente
que he venido veinte dias,
y Juan no tiene lugar
de nada con sus visitas.
MARQ. Y Leonorcita estará
con sus nervios aburrida.
EST. Yo sola no habia de ir
á ver...
MARQ. Vaya, pobrecita!
desde mañana seré
vuestra cicerone, amiga,
os llevaré á todas partes.
¿Qué hora quereis que elija
para la escursion? la una?
Pues á la una estad lista
sí, é irémos en mi coche
por ahí, visitando hermitas.
Aceptais?
EST. Bien, sí señora.
(*Desatentada sin dejar de mirar á Aurora y á Juan.*)
Decid, ¿quién es esa niña
tan hermosa?
MARQ. Quién, aquella?
Es Aurora mi sobrina:
no está bien que yo la alabe,
pero es verdad que es muy linda?
Todos los hombres la adoran,
parece que tiene liria,
pues no hay uno que le hable

que á su antojo no se rinda.
Verdad que tiene talento,
y sobre todo es muy fina,
y la finura en las damas
hace tanto, tanto, niña.

EST. Ay! yo no sé lo que siento!

MARQ. Estais empalidecida!

EST. (Cuál rie con Juan.)

MARQ. (Sentó
como anhelaba la píldora.)
Estais incómoda?

EST. Sí,
me han dado así unas fatigas...

MARQ. Eso será del corsé,
porque el corsé martiriza...
y vos no estaríais hecha
á usarlo: cierto, querida,
el buen tono tambien tiene,
no hay duda, muchas espinas.
Allá en el campo andaríais
suelta, es verdad? oh! la vida
del campo es tan hechicera!
Yo casi les tengo envidia
á las que viven allá.
Y decid, ¿teneis familia?

EST. Sí señora, tengo padre.

MARQ. Y marido?

EST. Madre mia!
(Se me ha subido á la cara
toda la sangre.)

MARQ. Oh delicia!

el marido por allá
y vos por acá, qué pícara!
EST. Si yo no tengo marido.
MARQ. Sois soltera?
EST. Sí.
MARQ. A fé mia
que es cosa rara. ¿Pues cómo
estais aquí? Ya, por dicha
vuestro padre os trajo?
EST. No,
vine con don Juan.
MARQ. Oh! niña!
con don Juan? (*Admirada.*)
EST. Me quiere mucho.
MARQ. Y os tiene como querida...
EST. Como querida. (*Con alegria.*)
MARQ. Jesus!
¿Y con esa sangre fria
decís de vuestra deshonra
la irreparable mancilla?
EST. No os entiendo.
MARQ. Estrella, Estrella!
tan jóven y envilecida!
EST. Yo envilecida? pues cómo!...
MARQ. (Aquí morderá la víbora.)
Escuchad: la sociedad
leyes ha impuesto, hija mia,
en cuyas leyes, la honra
de los humanos estriva.
La union de dos criaturas
que se aman, no es admitida

si la santa iglesia antes
con su poder no los liga.
Quién os ha unido á don Juan?

EST. Quién? su palabra y la mia.

MARQ. La sociedad las palabras
no respeta ni autoriza.

EST. Y qué, seré mal mirada?

MARQ. Siento decíroslo, hija,
os mirarán...

EST. Cómo! (*Con ansia.*)

MARQ. (*sonriendo.*) Cómo?
Como á una mujer perdida.
¿Ois qué preciosa polka
tocan, don Juan?

JUAN. Sí, muy linda.

MAN. Usted la baila, marquesa?

MARQ. Manuel, es mi favorita.

MAN. Vamos? (*A todos.*)

MARQ. Vamos.

EST. ¿No hay remedio
para mi fiera desdicha?

MARQ. Preguntádselo á don Juan (*Riendo.*)
y dejadme á mí de intrigas:
y en el salon no me hableis,
porque allí todo se mira.

EST. Me desprecia.

MARQ. Vamos?

TODOS. Vamos.

EST. ¡Ampárame, madre mia!

MAN. Señora, el brazo... (*A la marquesa, que*

JUAN. A bailar. *lo toma.*)

Si permitís que Aurorita... (*A la marquesa.*)

LUIS. Estrella, tomad mi brazo.

EST. Dios mio! (*Tomándolo.*)

LUIS. Es usted tan linda.

MAN. A Dios, mariposa bella.

(*A Estrella al pasar ante ellos.*)

(*Luis se sonrie con Manuel, mostrándole que la lleva del brazo.*)

Ah pícaro! me la birlas.

JUAN. Dejadlos ir.

(*A Aurora, viendo que se van los demás.*)

EST. Y no viene Juan. (*Volviendo la cara con tristeza.*)

ESCENA VI.

D. JUAN *y* AURORA.

JUAN. Sentaos, alma mia.

AUR. A qué mas esplicaciones?

JUAN. Sé que mi ilusion es loca;
mas soy Dios en mis pasiones.

AUR. Para tentar corazones
teneis el diablo en la boca.

JUAN. Pues yo aunque os causára enojos,
os digo, que si hay en mí
un diablo que siembra antojos,
en vuestros hermosos ojos
un infierno entero ví.

AUR. Qué imágen tan atrevida! (*Riendo.*)

JUAN. Soy así.
AUR. Es un dolor
que reboseis la medida.
JUAN. Yo todo, ángel de mi vida,
suelo echarlo por mayor.
AUR. ¿Tambien las promesas?
JUAN. Qué? (*Con ironía.*)
(Ah lengua! no te desmandes.)
Decia usted?
AUR. Ja, ja.
JUAN. Je, je.
¿Vamos á reirnos á fé?
Puso usté una pica en Flandes!
Aurora, usted mi pasion
la ha tomado á sangre fria.
AUR. Pues si es gallarda invencion
exigirme la fe mia
dándole á otra el corazon.
JUAN. Yo el corazon darlo?
AUR. Sí.
JUAN. Invencion mas linda es ella.
AUR. Pues queréis amor de mí
y teneis viviendo aquí
á vuestra querida Estrella.
JUAN. Ja, ja, ja! Lindo argumento.
¿Decís eso por burleta?
la tengo, es como lo siento,
cual se tiene una maceta,
pues, por entretenimiento.
¿Con que me dais esperanza?
AUR. Ni aun el náufrago la pierde.

y estais en un mar bonanza,
sin embargo que remuerde
algo la desconfianza.

JUAN. Aurora, por compasion,
las pruebas que usted alcance
pídale usté á mi pasion.

AUR. Tendrá usté una coleccion
preparada para un lance.
No es esto?

JUAN. Formal he hablado.
Recuerde usted lo pasado,
un año aun no se ha cumplido...

AUR. París es tan animado
que se echa todo en olvido.
Usted tambien olvidó
sin duda la época aquella,
pues á poco de irme yo
á mi tia enamoró
y luego quiso usté á Estrella.

JUAN. De amor episodios fueron,
que ni quitaron ni dieron
á mi corazon victoria.
Sí, borrones que cayeron
de nuestro amor en la historia:
Démosle fin.

AUR. Son antojos?
ó vanas galanterías?

JUAN. Lo juro por esos ojos.

AUR. Ah! si os pusiérais de hinojos
os tomaba por Macías.

JUAN. Cielo! (*Hincándose.*)

AUR. Enamorado está!
JUAN. Dadme esa mano, esa mano.
AUR. Vais á morderla quizá?
JUAN. A besarla solo.

ESCENA VII.

Los dichos y ESTRELLA.

EST. *al ver á D. Juan hincado ante Aurora.*
Ah!
Qué miro, cruel, inhumano!
A los pies de una hermosura
miro á don Juan, en verdad...
JUAN. Me colmaréis de ventura
y os pagaré con usura
vuestro cariño.
EST. Piedad!
(Escondiéndose en las columnas.)
AUR. Mucho nos hemos tardado.
JUAN. Vamos, luz de mis amores.
(Le da el brazo, y al pasar ante un espejo dice.)
AUR. Qué incapaz tengo el peinado.
JUAN. Venid á este retirado
gabinete, os pondrán flores.
(Conduciéndola por la puerta lateral izquierda.)

ESCENA VIII.

ESTRELLA.

¿Qué sombra se ha posado ante mis ojos?
¿Qué ser incomprensible lamentando
Está en mi oido, y sin piedad abrojos
Envenenados en mi sien clavando?
¿Qué me quieres? ¿qué anhelas? ¿qué tesoro
Tuve escondido en mis humildes senos,
Que me lo pides con soberbio lloro
Con la paz de mis dias mas serenos?
En el baile ante mí has caminado
La sociedad mostrándome altanera,
Y lágrimas de sangre me has sacado,
Ay! haciéndome ver lo que allí era.
Allí me despreciaron las mujeres:
Los mancebos llamáronme querida,
Y en el seno feliz de los placeres
He ido á ser la mujer envilecida.
Vine á la soledad, y aquí te miro,
Sombra infernal, con ansia diferente,
Aquí me arrancas un cruel suspiro
Y secas de mi llanto la corriente.
¿Por qué al ver á don Juan á la hermosura
Rendido, santo cielo! arrodillado,
Cayó en mi corazon fiera amargura?
¿Es este el mundo que soñé dorado?
¿Por qué en el alma nuevos desconsuelos

Siento, al ver que otras damas le recrean?
Acaso es esto lo que llaman celos?
Ay! pues si celos son, malditos sean!
Allí alegre y feliz don Juan á ella
Lleno de dulce amor le ciñe flores,
Y abandonada aquí á su pobre Estrella
Deja abatida, llena de dolores.
¿A quién volver los ojos? ay! estraña
Soy á estas jentes, cielo! padre mio,
Yo quiero ver el sol de mi montaña!
No, no, primero ver quiero al impío.

ESCENA IX.

La misma, D. Juan *y* Aurora.

Juan. Aurora, tomad el brazo.
Est. Oid, don Juan, una palabra.
Juan. Mas tarde podeis hablarme
que ahora acompaño á esta dama.
Est. Don Juan, oidme por Cristo.
Juan. Estais por demás cansada.
Est. Cansados tengo los ojos
de derramar por vos lágrimas.
Juan. Pañuelos teneis, señora.
Est. Esos no enjugan el alma.
Juan. A Dios.
Est. No, debeis oirme.
Juan *á Aurora*. Fuerza es le tengamos lástima,
es ruda. ¡La pobrecilla

se ha criado en la montaña!

EST. Don Juan, por Dios escuchad.

JUAN. Despues, ahora á la sala
de la soiré vamos, sí,
venid tambien si os agrada.

EST. Yo allí no puedo volver.

JUAN. Por qué?

EST. Porque soy estraña
á todos, porque me miran
como á una mujer malvada.
Las damas me han despreciado
como á una sirviente baja,
y los hombres se atrevieron
al mirarme deshonrada.

JUAN. Ja, ja, ja!

EST. Y os reís!

JUAN. Hasta luego.

EST. Juan, aguarda.

JUAN. Tenedme respeto...

EST. Sí? (*Llorando.*)

JUAN. Que mi paciencia se gasta
y esta dama.

EST. No te enfades,
que tu Estrella te idolatra.
Y vos, niña, perdonadme
si cometí alguna falta.

JUAN. ¿Oyes la música?

EST. Sí,
ya la oigo, no te vayas.
Ay! rogadle vos, señora,
que oiga mis cuitas amargas.

Yo no trato de ofenderlo,
ni tampoco á vos ; que mi alma
es pura, soy una pobre
en los desiertos criada,
que ignora todo en el mundo
ay! menos lo que son lágrimas.
Interesaos en mi suerte,
así la fortuna os haga
mas feliz que lo soy yo,
¡porque soy tan desgraciada!

JUAN. No le hagais caso ; sin duda
la estrepitosa algazara
del baile la ha trastornado.
Vamos, vamos á la sala.

EST. ¿Así te burlas, don Juan,
de mis penas?

JUAN. Basta, basta. (*Con despego.*)

EST. No te irás. (*Con ira.*)

JUAN. Mirad, Estrella...

EST. Ya no puedo mirar nada (*Con energia.*)
mirando, infame don Juan,
que estoy por vos mancillada.
Vos me engañásteis impío
al ver inocente mi alma :
vos me robásteis la dicha
que en mi montaña gozaba.
Vos despertásteis en mí
con lengua traidora, ingrata,
ilusiones inocentes
para mi corazon santas,
me sedujisteis, y luego

que me encontrais mancillada
me echais al mundo soberbio
para que los ojos abra.
Los he abierto, me he mirado
abatida y humillada,
celosa como la loba
de la salvaje montaña.
Pues bien, delante me tienes:
tu cariño me hace falta,
ó mi honra para apagar
mi devoradora rabia.
(*Cogiéndole del brazo.*)

JUAN. Soltadme ó viven los cielos!
(*Sacudiéndole el brazo.*)

EST. Ay! me haces daño. (*Llorando.*)

JUAN. Dejadla.
(*A Aurora que se habrá acercado á Estrella.*)

AUR. Dejarla, don Juan, aquí
de esta suerte desolada!
Nunca, no: hay en mi pecho
compasion, mis ojos lágrimas
tienen para los dolores:
no soy fiera, soy humana.

JUAN. Aurora...

AUR. Don Juan...

EST. Señora,
dejad que bese esas plantas.

JUAN. ¡Maldita la hora primera (*A Est. colérico.*)
que te conocí, malvada!
Tú mi ventura me quitas,
deshaces mis esperanzas,

6

¡y amor me pides!... amor!
pídeme odios, venganza.
Sí, te aborrezco!

EST. (*Llorando.*) Don Juan!

JUAN. Te aborrezco con mi alma.

(*Se oyen disputas de criados y salen á la escena Anton Bernal luchando con Júdas y otros: al vocerío salen á la galería la marquesa y varias señoras y caballeros.*)

ESCENA X.

Los mismos, JUDAS, *criados*, ANTON, *la* MARQUESA, *damas y caballeros.*

JUAN. Qué bulla!

JUD. Señor, este hombre
quiere entrar.

JUAN. Silencio, calla.

ANT. Mi hija Estrella, mi hija Estrella.

EST. Mi padre! cielos!

(*Arrojándose en brazos de don Juan cubriéndose el rostro.*)

JUAN. Aparta.

(*Arrojándola al suelo donde queda desmayada.*)

EST. Ah! (*Cayendo.*)

MARQ. Qué es esto? (*Con ironía.*)

JUAN. Aurora, vamos? (*Con diplomacia.*)

MARQ. Tronó. (*A Aurora.*)

AUR. Sí.

MARQ. (Ya estoy vengada.) (*Con alegría.*)
¿Pero qué ha sido, don Juan?

JUAN. (*Con ira.*) (Voto á Dios!) No ha sido nada.
¿Qué bailan, marquesa?
(*Fingiendo quietud.*)

MARQ. (*Riendo con intencion.*) Wals.

ANT. Ya nos verémos, impío.
(*Acudiendo á Estrella.*)

JUAN. Bailarémos si os agrada.
Ja, ja, ja!

(*Volviendo el rostro y mirando á Anton con desprecio, al perderse en las galerias dando el brazo á la marquesa y á Aurora.*)

ANT. Hija de mi alma.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Decoracion de galerías en casa de D. Juan. Es la madrugada, el teatro oscuro. Judas solo con sogas y una linterna sorda sale registrando el espacio. Se oye un reloj lejano dar las tres.

ESCENA PRIMERA.

JUDAS, *contando las campanadas.*

Las tres, bien, hasta las seis
que quiere clarear el alba
van tres horas, y en tres horas
se desocupan cien arcas.
Yo no anhelo mas que una,
la que mi amo cerrada
tiene con tres llaves, esa
sí como hay cielo me basta
para dejar el mandil
é irme á tierras lejanas

á vivir feliz y rico;
pero por la calle andan,
qué lástima que me tenga
que valer de camaradas
para el asunto, es preciso,
yo solo ni aun lo intentára
y por Dios que como en bien....
de aquesta intentona salga,
al viejo portero infame
que la llave de la casa
guarda y nos hace volar
voto á san, por las ventanas
le he de dar.... — Ese silbido....
(*Se oye un silbido.*)
es la señal combinada:
la linterna sorda asomo, (*Lo hace por una ventana.*)
(*Lo hace.*) largo la cuerda, la agarran:
ellos son, voto á San Pito,
que cumplieron su palabra.

ESCENA II.

El dicho, ANGEL *disfrazado de ladron*, LADRON 1.°, 2.°, 3.° *y* 4.°, *todos de antifaz, que irán subiendo ayudados unos de otros.*

JUDAS. Arriba.
LAD. 1.° Judas.
JUDAS. Ya estamos
con las manos en la masa

LAD. 1º ¿Y está todo prevenido?
JUDAS. Yo no me duermo: cerradas
las puertas por fuera tengo
de las salas habitadas.
LAD. 1º ¿Y las del amo tambien?
JUDAS. Esas no; porque él se guarda
su llave, pero no hay miedo
que ahora abandone su cama.
¿Cuántos venís?
LAD. 1º Cinco somos.
JUDAS. ¿Y toda gente de armas...?
LAD. 1º A cuatro nos han nacido
en esta vida las barbas.
JUDAS. ¿Y el otro?
LAD. 1º Es un compañero
que hallamos en la montaña
y con nosotros se vino,
y por Dios que es buena alhaja,
pues en echándose el nene
su escopetilla á la cara
pone á los cincuenta pasos
en un anillo la bala.
¡Y qué es poco ambicioso!...
pues pregunta donde hay barras
de oro, si fuera á Méjico
los filones agotaba.
JUDAS. No perdamos tiempo ahora,
vamos sin tocar en rama
al cuarto de los tesoros,
donde hay dineros y alhajas.
ANG. ¿Y hay brillantes? (*Con avidez.*)

JUDAS. Mas que arena.
ANG. ¿Y rubíes y esmeraldas?...
JUDAS. Hay tantas piedras que puede
empedrarse media plaza.
ANG. ¿Y oro? ¿y oro? (*Con ansia.*)
JUDAS. Amontonado
como trigo está en la sala.
ANG. Vamos, vamos.
JUDAS. Ea, seguidme
con cautela.
LAD. 1° Bien, pues, anda. (*Vánse.*)

Mutacion de escena.

Gabinete magníficamente decorado, Estrella desabrochada, con sus flores y parte de sus vestiduras arrojadas en rededor en el mayor desórden, aparece desvanecida en un elegante sofá, á su lado Anton Bernal contemplándola.

ESCENA III.

ESTRELLA *y* ANTON.

ANT. ¡Hija del corazon! ¡rosa temprana!

¡En mal hora nacida, con mal sino!
Segada ¡ay Dios! en su primer mañana,
Por las alas de airado torbellino!
¡Qué duraron tu pompa y tus colores!
¡Qué tu olor esencial ni tu alegría!
¡Los gusanos soberbios y traidores
Royeron tu boton cuando se abria!
¡Tórtola bella, en dulce paz nacida,
De tus nativos bosques siempre amada!
¿Por qué te encuentras moribunda herida!
Y en estranjero valle abandonada?
¿Por qué dejastes tu amoroso nido?
¿A qué tus alas con soberbio vuelo
De tu árbol alzastes tan querido?
¿Pensastes en verdad, llegar al cielo?..
¿Qué te faltaba en tu arboleda pura?
¿No tenias allí dulces amores?
¿Fuentes donde beber, inmensa altura
Y prados llenos de olorosas flores?
¡No te daba tu campo, paz, sosiego!
¡El céfiro tus alas no peinaba!
¿El sol de tu pais no era de fuego?
¿La luna de tu hogar no te alumbraba?
Un arrullo escuchastes y la calma
Perdió tu corazon, tras loco empeño
Llevastes el anhelo de tu alma,
Realidad fué el dolor, la dicha sueño.
¿Qué te vale esa vana vestidura?
¿Qué estar envuelta en perlas y en esencia,
Si el corazon desnudó de ventura
Lo tienes, y manchada tu inocencia?

¡Crueldad, crueldad! ¿y mis rencores
No toman aun venganza? Sí la tomo:
¿Y cuál es la que sienta á los traidores?
La mano airada, el fulminante plomo.
Mas ya vuelve mi amor.

Est. (*despertando.*) ¡Cielo!

Ant. Alma mia,
Sosiégate, mi bien, me hallo á tu lado.

Est. Estoy en mi cabaña! ¡Qué alegría!!!
(*Con alegría y abrazando á su padre.*)
¡Cuántas penas, señor, habia soñado!

Ant. ¡Estrella!

Est. Padre mio, yo me via
En un palacio de oro perfumado;
Pero en él sin piedad amancillada,
Abatida, de todos, despreciada.
¡Qué sueño tan cruel! y como engaña
El sueño al pensamiento! al cielo adoro
Que me ha dado la paz de mi cabaña,
Y conserva sin mancha mi decoro.
Mas esta vestidura me es estraña (*Reparando en sus galas.*)
Este prendido ¡cielo! es oro, es oro...
Estas paredes... ¡ay! no es desvarío,
No es sueño, es realidad, ¡ah padre mio,
No me riñas por Dios!

Ant. No, no te riño.

Est. No fuí malvada....

Ant. No, no eres malvada.

Est. Mi corazon está como el de un niño.

Ant. Ya lo sé, ya lo sé.

Est. Fuí engañada.

Yo quiero salir de aquí.

Ant. Y adónde vamos?

Est. ¿No hay campos ya?...

Ant. Los hay, querida mia,
pero....

Est. ¿No habrá allí paz?

Ant. ¿Y la llevamos?

Est. Es verdad, como loca discurria,
mas ya todo lo abomino,
aquí lo aborrezco todo,
porque cuanto ves es lodo
con un baño diamantino.

Ant. ¡Sí, Estrella, ya yo sabia
que era esto cieno inmundo,
que la vanidad del mundo
con apariencias cubria.
A mi mente se agolparon
todos los males que ves,
cuando en mi choza á tus pies
tus amores te rogaron.
Mas creer no pude en mi afan,
aun viéndolo todo inmundo,
que haber pudiera en el mundo
un hombre como D. Juan.
Que aunque sé que hubo traidores
que vendieron su nacion,
no creí que la traicion
se llevase á los amores,
traicion que sin esperanza
de remedio se ejerció:
¡ah! sí, solo uno quedó

que para todo hay venganza.
Y yo recuerdo, aquel dia
que te sedujo D. Juan,
que vaticiné en mi afan
lo que suceder podria.
Le dije, «si con mal giro
tu dulce plática va,
aun ágil mi mano está
para disparar un tiro.»
Pues bien, la hora llegó
de cumplir el vaticinio,
que el ángel del esterminio
la venganza me inspiró.
Si él trozos sin compasion
hizo tu honra, por gala,
haga mi certera bala,
pedazos su corazon.

EST. ¡Ah! padre.

ANT. ¿De tu deshonra
no has comprendido el estrago?
pues démosle el justo pago
al que da infamia por honra.
Ahora en la fiesta estará
gozando mientras lloramos;
mientras tristes derramamos
lágrimas, él reirá.
No, vive Dios! inhumano,
no te librarás al fin:
iré, sí, y en el festin
yo te haré sentir mi mano.

EST. Mirad...

ANT. Que estás mancillada.
(Yendo hácia la puerta.)
EST. Señor, que el lance es espuesto.
ANT. No le hace: mas qué es esto?
(Notando que la puerta está cerrada por fuera.)
EST. Qué?
ANT. La puerta está cerrada.
EST. Cerrada?
ANT. Sí, bajo hierros
¡cielos! nos han colocado:
por Dios que nos han tratado
como trailla de perros.
Pues no será maravilla
que sedienta de su honor
rabie, y pruebes el furor
de la encerrada trailla.
EST. Padre.
ANT. La bulla no ves?
Ya se ve, somos villanos,
y al fin, de los cortesanos
debemos besar los pies.
Grandes son, nosotros chicos:
sí, ya veo en mi desvelo
somos los pobres el suelo
por donde pasan los ricos.
No abuses, vana riqueza,
que bien puede suceder
se llegue el suelo á romper
de la humillada pobreza.
Y entonces tu oro hecho cobre
y con tu orgullo hecho añico,

ay! probarás, hombre rico,
el dolor del hombre pobre.
Tiempo es ya, no hay que esperar:
tu sagacidad es vana,
que mi fuerza es sobrehumana:
la puerta sabré allanar.
(*Corriendo á la puerta, empujándola con estruendo.*)
EST. Señor... (*Sujetándolo.*)
ANT. Aparta de aquí
si no me ayudas: mas oh!
(*Empujando la puerta enfurecido.*)
un hierro, un hierro saltó!
Cielos, ya lo conseguí,
(*Abriendo la puerta con gran ruido.*)
ven, Estrella. (*Cogiéndola del brazo.*)
EST. Compasion!
A dónde tus pasos van?
ANT. A buscarlo, mas... don Juan...

ESCENA IV.

Los mismos y D. JUAN.

JUAN ¿Qué escándalo es este, Anton?
¿Mi casa de este modo, viejo necio,
Vienes á alborotar? ¿Cómo insolente
A demostrar te atreves tal desprecio
A mi hospitalidad, irreverente?
¿Este es el pago, dí, de haberte dado
Un abrigo en mi hogar, cuando he podido

Dejarte como un perro abandonado
Al dintel de un portal yerto, arrecido?
Qué pretendes? salir? pues sal si quieres;
¿Llevarte á esa mujer aborrecida?
Pues anda, que me sobran las mujeres,
Por el mundo á buscar idos la vida.
(*Con desprecio.*)

ANT. Por qué mundo, don Juan? ¿por qué camino
Pueden ir á buscar aquesa vida,
Un viejo maldecido del destino
Y una pobre mujer envilecida?
¿A qué puerta podriamos manchados
Llegar á pedir pan? Quien nos mirara
Nos diria «salid, salid, malvados,»
Ay! despues de escupirnos á la cara.
Que el mundo ve la infamia y la maldice,
Y aun con lengua cruel quizás la aumenta,
Pero calla la causa, no la dice
Porque le basta el pasto de la afrenta.
Pues esa causa publicarla quiero
Con escándalo, sí, para que un dia
Pueda ver nuestra afrenta el mundo entero
Junto á vuestra malvada villanía.

JUAN ¿Y qué escándalo, dí, forja tu mente?
¿Vas por la corte á publicar mi fama?
Ya todo el mundo sabe que es corriente
Tenga yo, cuando menos, una dama.
¿Qué daño puedes, dí, causarme, necio?

ANT. La culebra se arrastra, en cieno boga,
Y aunque el leon la mire con desprecio
Esa culebra vil al leon ahoga.

Y aunque me vés anciano, desvalido
Y que arrastro mi ser por entre el cieno,
Y tú te ves leon fortalecido,
Teme mi corazon de furor lleno.
Pero antes, vencerte con razones
Quiero, don Juan: Estrella está humillada,
Tú has deshecho sus dulces ilusiones,
Y has dejado su alma envenenada.
Ella tranquila en su mansion vivia,
Eran su amor las aves y las flores:
Su corazon gozaba de alegría,
Ajena se encontraba de dolores.
Pura como la luz de la mañana
Era entre las doncellas convecinas,
Y en lo fiel y sencilla, digna hermana
De las castas palomas campesinas.
Ramo de nardos fué, cuyos olores
Tu apetito exaltó, lo deseaste:
Diste en cambio por él falsos amores,
Y luego sin piedad lo deshojaste.
Aun remedio hay al mal: tú los pesares
Puedes tornar en mágica alegría:
En Madrid, me dijistes que hay altares,
Pruébame en ello tienes hidalguía.

JUAN. Ja, ja, ja!
ANT. Voto á Dios!
JUAN. Invencion loca!
Ja, ja, ja, pues me gusta la intentona.
ANT. Por Dios que tienes corazon de roca.
Pero el plomo á la roca desmorona:
Don Juan, la última vez de tu destino

El fin pregunto.

JUAN Pobre Anton, tú sueñas.

ANT. No es sueño. (*Amartillando una pistola.*)

EST. (*Arrojándose á su padre.*) Por piedad!

JUAN Quita, asesino.

ANT. En que lo sea, don Juan, al fin te empeñas.

JUAN Yo sabré castigar esa osadía.

ANT. Antes toma, cruel.

(*Le dispara la pistola no dando fuego mas que el rastrillazo.*)

EST. Ah!

JUAN Maldecido!

Por la ventana irás. (*Arrojándose á él.*)

ANT. Lo merecia.

JUAN Pues anda, sí, lo tienes merecido.

(*Al momento de cogerlo para arrojarlo por la ventana que habrá en el lado derecho aparecen Angel y los cuatro ladrones.*)

ESCENA V.

Los dichos, ANGEL, *y los cuatro ladrones.*

LAD. 1° Aquí, vive Dios! aquí!

JUAN. Qué es esto?

LAD. 1° Darse á prision.

JUAN. Malvados!

LAD. 1° No hay compasion.

ANG. Dios mio! qué es lo que ví!

(*Reconociendo á Estrella, Anton y don Juan.*)

LAD. 1º Tú, la llave de tu estancia
danos. (*A don Juan poniéndole al pecho una pistola.*)
JUAN. Tomad.
LAD. 1º Ea, sin miedo,
vamos, cerrad. (*A Angel.*)
ANG. Yo me quedo.
LAD. 1º Para qué?
ANG. De vigilancia.
Idos, idos sin afan,
que yo en tan buena reunion
he de encontrar distraccion.
(*Vanse los cuatro ladrones.*)
¿No es verdad, señor don Juan?
(*Cerrando la puerta por dentro.*)

ESCENA VI.

ESTRELLA, D. JUAN, ANTON *y* ANGEL.

ANG. Las cuatro acabo de oir,
y hasta las seis que la salva
no anuncia la luz del alba
mucho podrémos decir.
Pasar el tiempo no dejo:
¿por qué al entrar ¡vive Cristo!
asido al cuello os he visto
de ese despreciable viejo?
Era juego? eso seria.
Lo tomásteis por bufon?
esto es, para diversion?

empleo es por vida mia!

Ant. Si tu miedo no ocultara
tu rostro, si te lo viéra
¡por Dios! respuesta te diera
mi mano sobre tu cara.

Ang. Teneis brios, voto á san!
pero amigo, el corazon
os falta en esta ocasion:
¿no es verdad, señor don Juan?
Porque un hombre deshonrado
que en vez de vengar su fama,
deja que el que lo disfama
viva riendo á su lado,
debe juzgar la razon
á la verdad sin trabajo,
que ó es un ente vil y bajo
ó no tiene corazon.

Ant. Qué habeis dicho, voto á Dios? (*Colérico.*)
vuestras palabras estraño,
y ¡cielo! si no me engaño
nos conocemos los dos.

Ang. No lo debes estrañar,
porque en el mundo que vamos
rodando nos tropezamos
sin poderlo remediar.
Y que hay tropiezos, Anton,
de tanta fuerza en la vida
que dejan el alma herida
y partido el corazon.
Y ahora dí, sin que te aflija
(bien que no siente tu pecho)

¿díme, díme, qué se ha hecho
de tu desgraciada hija?
(*Vuelto casi de espaldas á Estrella, que habrá permanecido en el sofá.*)

ANT. Mi hija! (*Mirándola.*)
ANG. ¿Perdió su decoro? (*Risueño.*)
ANT. Malvado!...
ANG. Ya! ya la veo,
¡estais en vuestro apogeo!
sin honra... pero con oro.
Haceis bien por vida mia,
nada es la infamia en verdad
teniendo la vanidad
vestida de pedrería.
Mas quizás me equivoque.
(*A D. Juan.*) ¿la llevásteis á el altar? (*D. Juan se sonrie.*)
¿os reís? llegué á acertar.
EST. ¡Hombre cruel!
ANG. ¿Y por qué?
¿cruel, porque diga yo
que estais perdida en el mundo?
¡cruel será el que en cieno inmundo
vuestro candor arrastró!
Cruel quien te inspiró un placer:
cruel tu malvado padre;
y cruel hasta tu madre
porque no te ahogó al nacer.
Cruel tú que en tu ambicion
¡ay! tu inocencia has pisado
y dichosa te has juzgado
en medio de tu baldon.

EST. ¡Yo dichosa! ¡yo! daria
la mitad de mi existencia
por volver á la inocencia
que en mi cabaña tenia.
Por volver limpia de mal
bajo aquel cielo de albores
á correr sobre mis flores
tras el tierno recental.
Por volver llena de amor
á la luz del sol poniente
¡ay! á asentarme en la puente
á esperar á un cazador.
Todas las galas reunidas
y el oro del mundo diera
como rescatar pudiera
mis ilusiones perdidas.

ANG. Murieron con vuestro honor,
pues con él habian nacido,
y podeis dar al olvido
lo que hablais del cazador.
Que ese cazador, señora,
ya no pisa aquel sendero.

EST. ¿Por qué?

ANG. Porque es bandolero
y riquezas atesora.
Por sendas envilecidas
fuiste, él la senda siguió
de tu infamia, cuando vió
sus ilusiones perdidas.

EST. ¿Lo conoceis?

ANG. ¡Cielo! Sí.

EST. Lo amaba tanto, ¿dó está?
ANG. ¡Ay! no muy lejos quizá!
EST. Dónde?
ANG. Delante de tí! (*Arrancándose el antifaz.*)
EST. ¡Ah!
ANT. ¡El cazador!
JUAN. ¡Es tu amante!
es tu amante un bandolero!
¡gran Dios! ¡qué rayo de luz
alumbra mi entendimiento!
¿Esta es la paloma pura
que fuí á sacar de su huerto?
Me habeis engañado, infames,
cual puede engañarse á un negro.
Cómo tiene de ser pura
amando á un ladron!
ANG. Silencio,
que desbocais vuestra lengua:
temed que le ponga un freno.
JUAN. Todo, todo maldecido
en este instante lo veo;
los dos sois dos asesinos,
y esta mujer el ceñuelo
para atraer á las redes
las víctimas, ¡lo comprendo!
Vil Anton, bien me mentiste
echándomela de austero,
¡por Dios que fingiste bien
la honradez, maldito viejo!
Y vos amaestrada fuísteis
en mentir candor, un velo

de inocencia ante tus ojos
fingias! ¡Oh! cuán espeso
fué el que tuve ante los mios!
¡por Dios me cogiste ciego!
¡la flor llena de pureza!
¡la vírgen del valle! ¡cielos!
¡la mujer prostituida
eres!

EST. ¡Ah! (*Llorando.*)

ANT. ¡D. Juan! (*Enfurecido: Angel permanece inmóvil con marcada risa irónica.*)

JUAN. ¡Silencio!
Me dejásteis que os trajera
¡ah! de mis lares al seno,
para despues entre todos
saquearme cual me veo.
Malvados, viles!...

ANG. D. Juan,
concluisteis?

JUAN. Ahora empiezo.

ANG. Yo sé cortar las palabras.

JUAN. ¡Vos! ¡con qué!

ANG. D. Juan, con fuego.

JUAN. Teneis razon.

ANG. Sí señor,
es muy cierto que la tengo.
¿Pensásteis con esas quejas
engañarme? creísteis, necio,
tronchar mis soberbias iras
con ese festivo cuento?

pues forjad otras consejas
para variar mis intentos,
porque esa en mi creencia
no ha encontrado ningun eco.
¿Ignorábais por ventura
que la amaba yo? ¿este viejo
tambien lo ignoraba? sí,
quereis hacerme muy necio.

ANT. ¿Hay mas desgracias, Dios mio?
todos nos ofenden, vélo;
lo merecemos, que este
es el castigo del cielo.
Estrellá, de tu delito
cogiendo te hallas el premio.

EST. Padre, sacadme de aquí,
¡ay! sacadme que fallezco.

JUAN. Graciosa comedia á fé
representais.....

ANG. Vos infiero
que haceis de primer galan.

JUAN. ¿Y vos?

ANG. ¿Yo? escuchadme atento.
Yo hago de ángel caido,
que por mandato del cielo
se aparece entre vosotros
para ofreceros tormento.

JUAN. Para ladron sois muy místico.

ANG. Mi corazon lo ve el cielo,
y él á mí como á vosotros
verterá castigo ó premio.
En tanto yo vengo á daros

el justo merecimiento.
¿Anton, tú no ansiabas oro?
Pues oro para tí tengo,
toma oro, toma oro, (*tirándole monedas*
gózalo en tu vilipendio: *á los pies*)
ya eres rico, ya podrás
pasar tus dias postreros
en mancillada molicie;
pero ¡ay! no esperes, necio,
soñar siendo el viejo rico
deshonrado, el dulce sueño
que gozaste en tu cabaña
de tus miserias en medio.
Llegará un hora en que veas
de tus maldades el yerro
y que tu oro te sirva
de dogal, malvado viejo.

ANT. Maldecido!

ANG. Vós, Estrella,
anhelabais el soberbio
boato, la rica pompa,
perlas brillantes, pues ténlos.
La providencia sin duda,
de mis rencores en medio,
me trajo aquí para hallarte
en el mayor desconsuelo.
Yo ignoraba que esta casa,
Estrella, fuera tu techo:
vine por oro tan solo,
que tras él, por tí, voy ciego.
La mano de los destinos

aquí me abrió sus senderos
para que te castigara,
para ofrecerte este premio.

(*Arrojándole collares y alhajas.*)

Ahí tienes esas preseas;
con ellas cubre tu cuello,
cruza en soberbias carrozas
el alborotado pueblo,
hazte aplaudir, sé la reina
de los amores; incienso
den á tu rara hermosura;
embárgate en el estrépito
de los aplausos; la fama
de tu hermosura, los vientos
lleven á remotos climas.
Hoy eres bella: sí, frescos
están tus pétalos, flor;
tu tallo verde y soberbio;
tu cáliz lleno de olores;
la aurora alumbra tu cielo;
tu raiz lamen las fuentes...
mas, Estrella, cuando el fuego
del sol su manto marchite,
cuando gima el tallo seco,
cuando no halles en tu cáliz
el bálsamo, cuando el cielo
borre de tu primavera
la aurora, y arroje el cierzo
bramador teñido en sombras;
entonces, vé á tus espejos
y pregúntales por qué

no te da el inmenso pueblo
aplausos, por qué no llegan
á tu palacio soberbio
galanes brindando amores,
ay! desengaño funesto!
Sí, que entonces arrojada
del mundo dorado y bello
de los placeres, querrás
buscar el dulce sendero
de la virtud, será tarde:
no habrá esperanza en tu seno,
llorarás de la ramera
el llanto airado, y el cielo
te hará espiar, en lo inmundo
lo que pecaste en lo bello,
en el rincon de un zaguan
al lado de los sabuesos,
verás tus últimos dias.

EST. Angel, Angel! Válme, cielo!

ANG. El cielo, Estrella, no oye,
sino el arrepentimiento.
Pides, llorando, ilusiones;
para siempre concluyeron.
Las ilusiones perdidas,
infeliz Estrella, fueron
flores divinas del alma
que una vez muertas, no hay medio
de volverlas á animar.

ANT. Valiente sois con un viejo,
y audaz con una mujer,
con la desgracia soberbio.

ANG. Y qué me quereis decir?
ANT. Que el que causó nuestro duelo...
ANG. Don Juan, ah! para don Juan
otras voces, Anton, tengo.
Don Juan, de estas dos pistolas
elegid una al momento,
que aunque me juzgueis bandido
tengo alma de caballero.
JUAN. Pensaos poneros en salvo
que el alba va amaneciendo.
ANG. Mis ojos aman la luz,
elegid.
JUAN. Os aconsejo...
ANG. Una de dos, ó elegid,
ú os abraso aquí.
JUAN. Qué estremo!
ANG. Responded.
JUAN. Yo no me bato
con un bajo bandolero.
ANG. Don Juan, por última vez.
JUAN. Lo he dicho.
ANG. (Lo quiere el cielo.)
Mónstruo vil, toma el castigo
que Dios señala al perverso,
al infame que pisando
el sacrosanto sendero
de la virtud, de los vicios
hizo alarde, muere.
ANT. (*Est. desmayada.*) Cielo!
ANG. Id á llorar, desdichados,
por el mundo vuestros yerros.

ANT. Y vos dejad que os abrace.
¿Dónde vais?

ANG. Adonde ir debo,
á entregarme á la justicia.
Dios con su poder supremo
si obré mal, dará castigo:
si bien, me dará su premio.

Fin del drama.



Obras de que se compone esta galería.

Por D. Francisco Sanchez del Arco.

Urganda la desconocida.
Abenabó.
¡Es la Chachi!
La Sal de Jesus.
Los Toros del Puerto.
Lola la Gaditana.
El Rayo de Andalucía y guapo Francisco Esteban.
La Polilla de los partidos.
La Serrana.
El Cuerno de oro.

Por D. José Sanz Perez.

Chaquetas y fraques, ó cada cual con su cada cual.
Los celos del Tio Macaco.
La Flor de la Canela.
Juzgar por las apariencias, ó una maraña.
Too es jasta que me enfae.
En toas partes cuecen habas.
No fiarse de compadres.
Las ilusiones perdidas.
El Parto de los Montes.
Amores de sopeton.
El Tio Caniyitas, ó el Mundo Nuevo de Cádiz.
¡Andújar!
El que de ajeno se viste....
El Tio Pilili.

Por D. José Sanchez Albarran.

La Cigarrera de Cádiz.
El Torero en Madrid.
La Velada de San Juan en Sevilla.
Con título y sin fortuna.

Por varios.

Pagarse del esterior.
Don Tello de Guzman.
Tiró el diablo de la manta.
Las dos bodas descubiertas.
Para un apuro un amigo.
Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
La Mensajera.
El Bandolero.
El Muerto Vivo.
Malek-Adel.
El Bravío de Sevilla.
El Doncel de Don Fernando el Primero, ó todo por el honor.
Las Hadas ó la Cierva en el bosque.
En amor todo es peligros.
Los empeños de un agravio.
Cada mochuelo á su olivo.
La eleccion de un Alcalde.
La venganza del Templado y muerte de Valle-Ignoto.
Rocío la buñolera.

TEATRO de Calderon.--La cruz en la sepultura.--Cisma de Inglaterra.--Niña de Gomez Arias,--Guárdate del agua mansa.--Golfo de las sirenas.--Alcalde de Zalamea.--Casa con dos puertas.

SAINETES de D. Juan Gonzalez del Castillo, con un discurso sobre este género de composiciones por D. Adolfo de Castro: 4 tomos en 8.° marquilla.